

ANNE FILLON, Louis Simon. Villageois de l'ancienne France*

Pegerto Saavedra
Universidade de Santiago de Compostela

Con este bello y sugerente libro, Anne Fillon, profesora de Historia Moderna en la Universidad de Maine, ha completado, por así decirlo, la trilogía iniciada en 1984 con *Louis Simon (1741-1820) dans son village du Haut-Maine* y continuada con *Les trois bagues aux doigts* (1989). La principal novedad de la obra aparecida en 1996 radica en que publica y analiza las “memorias” de Louis Simon, y contrasta su contenido con otras fuentes de la época, en especial con los protocolos notariales.

Entre los autores de “memorias”, “diarios”, “libros de razón”, y más documentos de carácter personal, que algunos historiadores han denominado, con un criterio muy amplio, “ego-documents”¹, Louis Simon constituye un caso excepcional: hasta donde se extienden mis conocimientos es el único que, sin perder su condición de campesino, escribió un texto que se halla muy próximo a la autobiografía en su acepción más restringida, esto es, a la historia moral, intelectual y psicológica de la persona. Muchos de los autores de “diarios” y crónicas de la vida local, a veces muy detalladas, pertenecían al mundo del artesanado y comercio², y aunque hubo campesinos que escribieron cuadernillos, su contenido suele referirse a la gestión de la explota-

* Anne FILLON, *Louis Simon. Villageois de l'ancienne France*, Éditions Ouest-France, Rennes, 1996, 342 págs., con prólogo de Pierre CHAUNU.

¹ Cfr. para el caso concreto de los Países Bajos, R. M. Dekker, “Ego-Documents in the Netherlands. 1500-1814”, *Dicht Crossing: A Journal of Low Countries Studies*, 39 (1989), pp. 61-72

² Vid. la relación que presenta J. Amelang en “*Vox populi: autobiographies as sources for early modern urban history*”, *Urban History*, 20 (1993), pp. 39-42, y ahora, más desarrollada, en *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford U. P., 1998, pp. 258-349. El concepto de autobiografía se utiliza por parte de J. Amelang de modo muy amplio, pues algunas de las obras mencionadas son ante todo crónicas, con alusiones someras a la vida familiar del autor; un buen ejemplo lo constituye el *Diario de Valladolid*, del ensamblador Ventura Pérez (hay ed. de Teófanos Egido, Caja de Aho-

ción, a acontecimientos políticos con influencia comarcal (guerras) y a noticias sueltas y escuetas de carácter familiar, como nacimientos, bodas y funerales³. Cuando desbordan este ámbito es que, por lo general, dejaron de ser campesinos y escriben para reivindicar su ascenso social, que presentan como laborioso dados los orígenes humildes de que tuvieron que partir. Un caso paradigmático lo constituye Valentín Jamerey-Duval, nacido en 1696 en Arthonnay, y que después de una infancia miserable y errante, aprende a leer y escribir tardíamente (a leer hacia 1710, con unos pastores de Lorena, y a escribir en torno a 1712, con unos eremitas a los que sirve de criado)⁴. La entrada en 1716 al servicio del duque de Saboya le abrirá la vía a estudios especializados, y enseñará en la Academia de Lunéville, para luego llegar a conservador del Gabinete de Medallas de María Teresa. Pues bien, Valentín Jamerey-Duval redacta sus “memorias” entre 1737 y 1749, en cierto modo para reivindicar su pertenencia al mundo de las “bellas letras”, logrando que los manuscritos fuesen leídos por María Teresa, Voltaire y Rousseau. Si su texto tiene un tono reivindicativo, al sostener que es el único que puede escribir con pertenencia del medio social del que ha salido (lo otro son églogas, fábulas y pastorales), y si aprecia la dignidad del trabajo rural, la habilidad campesina y la solidaridad de que se benefician huérfanos y errantes, rechaza de plano las condiciones de ignorancia, credulidad, alienación cultural y miseria en que transcurrió su infancia: “*mon éducation nes’etendit quère au dela de una nourriture, ou m’élévè a peu près comme on cultive les plantes, c’est a dire d’une manière tout a fait vegetative (...). Par my les peines que je souffrois, la faime etoit la plus ordinaire e celle que je supportois avec la moins patience*”⁵.

ros Provincial de Valladolid, 1983). En cambio, el vidiero parisino Jacques-Louis Ménétra ofrece un extenso relato de aspectos de la vida personal y urbana, de ahí que haya sido ampliamente utilizado en investigaciones sobre el artesanado parisino y sobre la historia de la familia y de la cultura; vid. J. L. Ménétra, *Journal de ma vie*, ed. de D. Roche, Paris, 1982.

³ Pueden verse algunos ejemplos en A. Simon i Tarres, *Pagesos, capellans i industrials de la Marina de la Selva*, Barcelona, Curial, 1993. En el caso inglés no es insólito encontrar textos escritos por gentes del mundo rural, vid. M. Spufford, *Small books and pleasant histories. Popular Fiction and its Readership in Seventeenth-Century England*, Cambridge, Cambridge U. P., 1981, y “First Steps in Literary: The Reading and Writing Experiences of the Humblest Seventeenth-Century Spiritual Autobiographers”, *Social History*, 4 (1978), pp. 407-435, así como la relación de J. Amelang, incluida en *The Flight of Icarus*, ya mencionada. En Inglaterra, los textos más próximos a la autobiografía son obra, con frecuencia, de disidentes religiosos.

⁴ Cfr. V. Jamerey-Duval, *Memoires. Enfance et éducation d’un paysan au XVIII siècle*, presentadas por J.- M. Goulemot, Paris, Le Sycomore, 1981. Los medios que empleó para acceder a la alfabetización han sido objeto de estudio por J. Hébrard, “Comment Valentin Jamerey-Duval apprit-il à lire? L’antodidaxie exemplaire”, en R. Chartier, edr., *Pratiques de la lecture*, Marsella-Paris, 1985, pp. 24-60.

⁵ V. Jamerey-Duval, *Memoires*, pp. 112 y 114. Opiniones parecidas transmite el cura gallego Juan Antonio Posse, nacido en la década de 1760 en una aldea de la provincia de Santiago: “*Mi lugar se compone de solas siete casas: no hay libros, no hay maestros, ni una sola cosa que pueda dar idea de lo bello y honesto y contribuir a la buena educación. Unos curas de presentación ignorantes (...). El país ciego en la más grosera superstición (...); la lascivia más impúdica en todas las clases sociales y aun desde la más tierna edad; un país así constituido no podía menos de ser propio para depravar al hombre más bien nacido*”; *Memorias del cura liberal don...*, ed. de R. Herr, Madrid, Siglo XXI, 1984, p. 20.

Louis Simon pertenece a otra estirpe. Nacido en 1741, en La Fontaine Saint-Martin (en el Haut-Maine), jamás abandonó el universo campesino. Hasta su muerte residió en su parroquia de origen, salvo un corto período de tres meses que dedicó a realizar el “*tour*” de Francia (de junio a octubre de 1763), y se ocupó en la labranza y en el oficio de “*étaminier*” (tejedor de estameñas), aprendido cuando contaba unos 15 años. Pero, ¿qué clase de impulso llevó a este campesino-tejedor a escribir sus “memorias”, redactadas cuando frisaba los 60 años? Esto es asunto misterioso, aunque algo debe tener que ver con la propia historia familiar y con el deseo de que sus sucesores tuviesen constancia de los grandes cambios que presenciara, y siguiesen los consejos que incorpora en los 97 folios que ocupan sus recuerdos, estampados en las hojas en blanco de un libro de cuentas que pertenecía a la familia de su mujer (pues el papel, como dice Chaunu en el prólogo, era caro): “*Moi, Louis Simon, ayant épousé Anne Chapeau, petite-nièce du sieur Ory, j’ai hérité du présente livre, dans lequel j’ai écrit les principaux événements arrivés pendant le cours de ma vie*” (p. 25)⁶.

A lo largo de esos 97 folios informa sobre la genealogía de la familia (desde que Marin Simon se establece en La Fontaine en 1589), de su crianza en un hogar de pequeños campesinos-artesanos, de su juventud, matrimonio y vida de casado, añadiendo luego otra serie de noticias sobre la Revolución y la República, sobre la Historia Sagrada, así como algunos consejos. En realidad, el grueso del relato lo ocupan los asuntos amorosos, a los que dedica 37 folios, mostrándose más sobrio al narrar los otros episodios de su vida. Aun así, no carece de interés lo que nos dice sobre las relaciones con su padre, quien le enseñó a leer, escribir y contar⁷; el aprendizaje del oficio de “*étaminier*” y sus primeros trabajos; el “*tour*” que realiza durante el verano de 1763 (que le lleva a París, Beauvais, Amiens, Lille, Arras, admirando sobre todo las catedrales), el desconsuelo por la muerte de una hermana cuando contaba 19 años⁸; la dedicación de las “*veillées*” dominicales al toque del violón para que la juventud bailase; su afición a los cantos y a la lectura; la vida matrimonial con Anne Chapeau, con

⁶ Sobre los posibles móviles que decidían a las personas a escribir, vid. D. Marchesini, *Il bisogno di scrivere*, Roma/Bari, Laterza, 1992. La cuestión se plantea de forma distinta de acuerdo con la familiaridad mayor o menor que existe en cada medio social con la lectura y escritura. Al respecto resulta de interés la comparación que D. Roche ha realizado entre J.-L. Ménétra y Louis Simon en “Ménétra et Simon: Autobiographies et ruptures de la conscience sociale”, en *Les républicains des lettres: gens de culture et lumières au 18^e siècle*, Paris, Fayard, 1988, pp. 371-388.

⁷ “*Quand j’ai un peu de raison, mon père une prit en amitié parce qu’il aperçut que je comprenais bien ce qu’il me disait, et que je lui faisais de jolies réponses; aussi il se hâta de me montrer à lire. J’apprenais si fort qu’il en était étonné. Quand je fus plus grand, il m’apprit à écrire, l’arithmétique et le plainchant. J’avais une jolie voix et forte étant enfant, c’est pourquoi mon père m’encourageait de chanter, me disant qu’il avait bien chanté la messe tout seul au pupitre à l’âge de onze ans; et comme mon grand-père était toujours sacriste, je fus obligé d’aller aussi chanter étant fort jeune*”; p. 29.

⁸ “*Ce fut une grande affliction pour nous mais je crus que ma mère mourrait de chagrin. Nous avions bien raison de la regretter car elle avait toutes les qualités dont on peut désirer dans une fille: elle était sage, bonne chrétienne, douce, économe, aimait le travail et le propreté. Comme elle était aimable par sa beauté et ses talents, elle avait plusieurs amants*” (p. 38).

la que se casa a principios de 1767, y de la que tuvo siete hijos (cinco llegaron a adultos), a los que él mismo enseñó a leer y escribir, siguiendo la tradición familiar (“*j’ai appris à lire et à écrire à mes enfants; mon père m’en avait fait autant, faites de même*”; p. 83); el arriendo de una casa para abandonar el hogar paterno en 1774, hasta que los ahorros y las herencias le permiten al matrimonio construir una en 1780, y luego realizar diversas adquisiciones y otra edificación de más envergadura; el fallecimiento de su esposa en 1803, y la renuncia a contraer nuevas nupcias.

La vida de Louis Simon constituye, por tanto, un buen ejemplo de la dinámica del “ciclo familiar” en un país de herencia igualitaria y en donde los recursos del grupo doméstico se iban incrementando conforme los hijos entraban en edad de trabajar y las herencias se hacían efectivas. Aparte de esto, las líneas que dedica a su mujer y a la crianza de los hijos ponen de manifiesto la fuerza de determinados valores sociales y la profundidad del afecto en el seno de la familia, rebatiendo así opiniones frívolas tocantes a las relaciones en el seno de los hogares rurales: “*Enfin, le jour fatal de notre séparation arriva par le décès de ma chère amie. Une mal heureuse hydropisie de poitrine la prit par une toux vers le mois de septembre, et après beaucoup de remèdes qui ne lui firent que du mal, elle rendit son âme à son créateur (...). Comme j’avais tant aimé ma chère épouse, je n’ai point pensé à me remarier quoique j’en aie été bien à même, surtout d’une fille, qui était riche et jolie (...); mais comme je n’avais qu’un coeur et que je l’avais donné à ma pauvre défunte, je ne pus jamais y attacher mon amitié pour le mariage*” (pp. 81-82)⁹.

El matrimonio constituye el “*grande affaire*” de la vida, y de ahí la atención que presta a su noviazgo con Anne Chapeau. Del relato se desprende que si en este punto la opinión de los padres era tenida muy en cuenta, las inclinaciones de los hijos

⁹ Obviamente, la existencia de un afecto profundo (“*amitié*”) no significa que los roles de marido y mujer fuesen los mismos. Así, sobre las cualidades de su esposa, Louis Simon señala que tenía todas las que un marido podría desear: “*elle mettait tout son ménage en ordre et avec une grande propreté, elle était labourieuse au possible, faisait dans une heure de temps ce qu’une autre aurait eu de la peine à faire en deux; elle savait coudre et filer au parfait, elle se tenait appliquée à son ménage sans jamais sortir que pour affaire de conséquence ou utile, et jamais ne s’amusait à babiller avec les autres femmes. Elle faisait tout ce que je lui disais de faire, et ne faisait pas ce que je lui défendais, parce qu’elle craignait de me déplaire; car elle m’aimait et me respectait autant comme Sarah respectait son mari Abraham, qu’elle appelait son seigneur*” (p. 76). Sobre la crianza de los hijos explica que todos fueron amamantados por su madre, excepto una niña que hubo de ser puesta en lactancia por poco tiempo (luego sería alimentada con leche de vaca), “*à cause qu’elle tétait si fort qu’elle faisait saigner le bout du tétin et que sa mère ne pouvait plus l’endurer (...). Il n’a jamais été de femme [à] avoir plus de courage et d’attention pour élever et pour soigner des enfants, car dès en les mettant au monde, ce qu’elle faisait grâce à Dieu assez aisément (...)* je n’avais que le temps de courir chercher la sage-femme qui était dans le bourg (...). De sept enfants que Dieu nous a donnés, elle n’a jamais voulu que je me sois levé la nuit pour eux à moins qu’elle ne fût melade, disant que j’avais assez de mal à travailler le jour, pour prendre du repos la nuit. Elle ne les confiait guère à d’autres...”; pp. 77-78.

podrían resultar aún más decisivas. Louis Simon nos dice que “*je me suis marié sans aucun intérêt*”, y que hasta cumplidos los 24 años vivió con cierta despreocupación: “*je ne voulais plus aimer et je ne voulais pas me marier sans amitié*” (p. 40). Después de rechazar a una joven que le pretendía y que disponía de buena dote¹⁰, acabó prendado de Anne Chapeau, una joven de fuera de la parroquia que viniera a trabajar al convento de monjas de la localidad y que se las arreglara para manifestarle su interés por él, pues le veía todos los domingos en los oficios religiosos. Anne Chapeau (“Nanon”) tuvo que despedir a su primer novio y devolverle el anillo de compromiso, lo que no se llevó a efecto sin problemas, entre otras cosas porque el padre de la joven se oponía a la mudanza, pero la firmeza de la hija acabó imponiéndose: “*Il faut mieux se dèdire que de se détruire, et je vous dis que j’aime mieux ne me marier jamais que d’épouser Patoy parce que je ne l’aime plus pour le mariage, et même, je ne l’ai jamais autant aime comme j’aime Luisot*” (p. 48).

Parece claro, en cualquier caso, que el medio social y familiar de la segunda mitad del XVIII ofrecía suficientes resquicios para la puesta en práctica de estrategias personales que implicaban un grado no desdeñable de libertad, manifestada en el complejo ejercicio de la seducción. Uno de los supuestos fundamentales de la microhistoria halla aquí un apoyo decisivo¹¹. La voluntad de los padres a la hora de contraer matrimonio es un factor de peso, pero dentro de un abanico amplio de opciones que permite a los hijos escoger entre varias salidas¹².

Louis Simon narra en 1809 con extraordinaria viveza acontecimientos de 1767. Afecta reproducir literalmente conversaciones con Anne Chapeau, con familiares y amigos, y también las de su novia con otras personas. Lo que en realidad hace es

¹⁰ Reconoce que “*j’aimais un peu cette fille-là, mais mon père, à qui j’en avais parlé une fois en badinant, me dit qu’elle était malsaine parce qu’elle avait de trop grosses jambes*”. Contrajo matrimonio con otro, “*et ne fut que cinq ans en ménage et mourut d’une hydropisie*”, p. 43.

¹¹ El aprovechamiento de los resquicios que ofrecía el sistema para desarrollar estrategias personales constituye uno de los supuestos en que se basa la microhistoria, según recordaba no hace mucho G. Levi; ver “Antropología i Microhistòria. Conversa amb Giovanni Levi”, *Manuscrits*, 11 (1993), pp. 15-28. El desarrollo de estos postulados en la obra del mismo autor, *La herencia inmaterial: historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990 (1985), primera parte.

¹² Así, cuando Louis Simon le comunica a su padre sus inclinaciones, éste le responde: “*Faut auparavant s’informer de ces gens-là; nous ne connaissons point la famille ni leur réputation ni leurs moyens. Tu peux bien croire que je ne te laisserai pas prendre une femme de rien ou sans une bonne réputation; et encore, faut savoir si la fille est honnête et si elle a des talents; et principalement, si elle est économe, ménagère, aimant la propreté, si elle sait coudre, ou faire des ouvrages à la broche; si elle est labourieuse, si elle a de la religion et comment elle a passé son temps jusqu’à présent (...). Et tu sais que le proverbe dit au’il faut connaître avant que d’aimer*”; pp. 45-46. Todos estos problemas los trata con detenimiento Anne Fillon en *Les trois bagues aux doigts. Amours villageois au XVIII^e siècle*, Paris, Robert Laffont, 1989, en donde utiliza las memorias de Louis Simon y otras fuentes contemporáneas para ofrecer una novedosa perspectiva de la vida afectiva de los campesinos.

recomponer situaciones, dramatizándolas, valiéndose al efecto, como demuestra Anne Fillon, de sus lecturas de obras de la biblioteca azul, que le suministran un arsenal de frases y términos para describir el amor, los celos, la desesperanza, la pasión y las cualidades de las personas. Es en verdad asombroso como el entonces viejo campesino se sirvió de una literatura que transmitía valores cultos para revivir su peripecia amorosa y en el fondo para dignificar su historia y la de su mujer. Creo que sólo este punto, en el que resplandecen los efectos de la lectura sobre la cultura campesina y también los mecanismos de la recreación de la propia historia familiar, podrían dar lugar a muchas páginas, y ayudarían a responder a problemas que los historiadores de la lectura vienen planteando últimamente, sin encontrar a menudo el camino para solucionarlos, por la ausencia de testimonios directos escritos por los “consumidores” de material impreso¹³.

El hecho de que Louis Simon recrease a partir de algunas lecturas situaciones acaecidas medio siglo antes creo que no le quita valor al testimonio que ofrece acerca del peso de los sentimientos amorosos en el matrimonio y de la influencia mayor o menor de la voluntad de los padres. Acredita, además, que los propios ritos que precedían y acompañaban a los casamientos campesinos estaban cambiando a mediados del XVIII. En efecto, Anne Fillon pone de manifiesto, a partir de documentación complementaria, que hasta 1720-40 la promesa de matrimonio se hacía firme mediante la entrega a la novia, en presencia de su padre, de unas monedas de plata. Pero en la década de 1760 lo que se regala es un anillo (“*bague*”), sin que sean necesarios testigos, lo que evidencia la adopción de una “moda”, pero también la mayor autonomía de los novios: “*Je lui offris une bague et lui dis que je la lui donnais en foi de mariage et pour lui prouver la sincerité de mon amitié*”¹⁴.

No fueron éstos los únicos cambios que el campesino-tejedor tuvo ocasión de presenciar en el curso de su vida. El mismo se encargó de destacar los “*nouveautés arrivées pendant ma vie en France*” (p. 88), comenzando por la construcción de la “*grande route*” de La Flèche a Lemans (y de ahí a París), el uso de telas de algodón,

¹³ Los últimos planteamientos de R. Chartier y otros representantes de la “nueva historia cultural” van en esta dirección, pero al ser insólitos los testimonios verdaderamente autobiográficos de los campesinos resulta muy difícil saber cómo leían, y cuáles eran los efectos de la lectura en la cultura oral; R. Chartier y H.-J. Lüsenbrick (eds.), *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, XVI-XIX siècles*, Paris, IMEC Éditions, 1996, especialmente la introducción del propio Chartier, y R. Chartier (edr.), *Histoires de la lecture. Un bilan de recherches*, Paris, IMEC Éditions, 1995, en particular el trabajo de H. E. Bödeker, “D’une “histoire littéraire du lecteur” à l’“histoire du lecteur”. Bilan et perspectives de l’histoire de la lecture en Allemagne”, pp. 93-123.

¹⁴ Y señala que antes había ido a La Flèche “*acheter les choses ci-après, savoir une bague d’argent, une paire de boucle de souliers en cuivre argenté montée de diamant cristal, un mouchoir de cou en monseline, un casaquin de toile de picot à fleurs, une jupe de siamoise à grandes et petites rayures; tout cela était très distingué dans le temps, étant tout dans le nouveau goût*”; p. 47 (negrita mía).

el cultivo de las patatas y del maíz para consumo humano, la fabricación de queso del país, todo ello a mediados del XVIII; y hacia 1770 los molinos “*pour nettoyer les grains*” y ya a comienzos de la década de 1790 el uso de “*grandes culottes ou pantalons*”, por no mencionar las nuevas canciones que le escucha a su hermana en 1763, al regreso de su breve “*tour*”. Las investigaciones recientes han confirmado las apreciaciones de Louis Simon, que percibe bien la influencia en la mejora de las comunicaciones: “*ce sont les grandes routes qui ont facilité le commerce et qui nous ont procuré les marchandises étrangères, attendu que les transports n'étaient pas si chers*” (p. 89)¹⁵. El contraste que Anne Fillon ha realizado entre el texto de las memorias y los inventarios –y las representaciones artísticas– le ha permitido demostrar que en el mundo rural van difundiendo modas en las ropas¹⁶, en el mobiliario de la casa (mesas y platos para comer, camas cubiertas y cerradas), en la alimentación (con maíz, patatas, queso, frutas, ensaladas). En el terreno material hay un cambio profundo, por tanto, en las pautas culturales del campesinado de los dos últimos tercios del XVIII, ligado a una mayor participación en los circuitos comerciales. La imagen de una pobreza creciente de las masas rurales que se obtiene a partir de determinadas fuentes no parece corresponderse con la realidad: Louis Simon es un pequeño campesino-tejedor (llegó a poseer dos vacas de leche) que participa del “*bonheur*” de la civilización del siglo XVIII; la posibilidad de que sus memorias se refieran más a una Arcadia que a una sociedad real creo que queda desmentida al contrastar su contenido con otras fuentes menos personales.

La singularidad de Louis Simon radica en que escribió sobre su vida sin haber perdido la condición de campesino. Para él la alfabetización transmitida en el seno de la familia constituyó un capital, si se quiere, una “herencia inmaterial” por retomar el título del excelente libro de G. Levi. En todas partes, en la segunda mitad del XVIII, aumenta el número de personas que saben firmar; ahora bien, demostrar que hayan hecho uso de sus capacidades, esto es, probar que el saber leer y escribir situaba a

¹⁵ Una prueba de la influencia de la mejora de las rutas en la economía del oeste francés, y en concreto en la ganadería, la constituye el trabajo de Annie ANTOINE, “Les bovins de la Mayenne (1720-1820). Un modèle économique pour les campagnes de l'Ouest?”, en *Histoire et sociétés rurales*, 4 (1995), pp. 105-136.

¹⁶ Louis Simon señala bien como las modas se difunden de arriba abajo: “*J'ai vu le commencement des cotons et des cotonnades: les dames les plus riches, s'en paraient d'abord, puis les femmes du commun, et enfin les domestiques et même les pauvres*”. Sobre esta secuencia en la extensión de las modas, en la que los criados desempeñan un papel clave, puede verse D. Roche, *Le culture des apparences. Une histoire du vêtement, XVII^e-XVIII^e siècle*, Paris, Fayard, 1989. En una perspectiva más metodológica, con interrogantes sobre el significado del consumo de nuevos bienes por campesinos, McCracken, *Culture and consumption. New approaches to the symbolic character of consumer goods and activities*, Bloomington, Indianápolis, 1990.

determinadas personas –en el caso presente a campesinos– en un universo cultural distinto al de los analfabetos es otro problema, muy importante, pero a menudo soslayado¹⁷. Louis Simon leyó con avidez materiales diversos: obras de la biblioteca azul (tratados de “civilidad”, pequeñas novelas), pero también los materiales depositados en la rectoría de la parroquia, en la que él como sus antepasados, sirvió de sacristán siendo soltero: “*Je passais donc mon temps dans le plaisir de jouer des instruments et à lire tous les livres que je pouvais me procurer, surtout les histoires anciennes, les guerres, la géographie, les vies des saints, l’Ancien et le Nouveau Testament et autres livres saints et profanes*” (p. 39). Las anotaciones que incluye sobre la historia de los divinos oficios son una prueba de su sólida “cultura clerical”, otro tanto cabe decir sobre sus alusiones al calendario, referidas siempre a festividades religiosas¹⁸. Acepta con tranquilidad los cambios que trajo la Revolución y consolidó la República, pero sus creencias religiosas permanecen imperturbables, porque la fe católica representaba para él un patrimonio familiar¹⁹.

Como puede verse, los 97 folios escritos por Louis Simon constituyen un documento excepcional por muchos conceptos, entre ellos porque informan desde una perspectiva insólita del universo cultural campesino (y en este caso estamos ante la “excepción normal” que diría Eduardo Grendi)²⁰, y porque permiten ver las relaciones entre el mundo de la oralidad y el de la lectura y escritura. Corresponde a la profesora Anne

¹⁷ A esta cuestión, a mi juicio fundamental cuando se trata de la alfabetización del campesinado (y máxime cuando el aprendizaje se realizaba en una lengua distinta a la hablada, lo que no era nada excepcional en el Antiguo Régimen, aludí en *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 368-371, y en general 368-390. Como el aprendizaje de lectura, firma y escritura eran fases autónomas, una persona podía escribir su nombre y ser incapaz de descifrar un texto, y en la segunda mitad del XVIII algunos impulsores de ideas ilustradas se encontraron con que los campesinos no leían, a pesar de las tasas teóricas de alfabetizados; ver ejemplos concluyentes en L. Braidá, “Quelques considérations sur l’histoire de la lecture en Italie. Usages et patiques du livre sous l’Ancien Régime”, en R. Chartier (edr.), *Histoires de la lecture*, pp. 23-49. Tampoco en la Francia de la primera mitad del XIX hay correspondencia en este caso entre uso de la escritura y tasas de alfabetizados; vid., C. Dauphin *et alii*, “L’enquête postale de 1847”, en R. Chartier (edr.), *La correspondence. Les usages de la lettre au XIX siècle*, Paris, Fayard, 1991, pp. 21-126.

¹⁸ Este apego a la “cultura clerical”, adquirida a través del catecismo, sermones, lecturas, podría explicar que ocasionalmente aparezcan en casas de campesinos breviarios o misales, o que personas legas pertenecientes a las clases populares adquirieran ese tipo de libros en subastas. Ejemplos de esto último en J. Antón Pelayo y M. Jiménez Sureda, “La lectura efectiva de la Gerona del siglo XVIII”, *Historia Social*, 14 (1992), pp. 111-119.

¹⁹ “*Je conseille à mes enfants de ne s’écarter jamais de la religion catholique et de la suivre en toutes les règles, parce que c’est la religion de nos pères, et ce serait leur faire injure de ne suivre pas la religion qu’il nous ont enseignée*”. En todo caso, entre las obligaciones que, según Louis Simon, imponía la religión estaba la de ser buen ciudadano y buen patriota, y la de obedecer, “*sans murmure*”, las leyes civiles, pp. 82-83.

²⁰ Es decir, un documento puede ser excepcional e informar sin embargo de un hecho normal; vid. E. Grendi, “Microanalisi e storia sociale”, *Quaderni Storici*, 35 (1977), p. 512.

Fillon el mérito de haber descubierto el manuscrito, apreciar su valor y analizarlo con perspicacia, contrastándolo con otras fuentes que le son familiares. Fruto de todo ello es el excelente libro objeto de este comentario, enriquecido con espléndidas ilustraciones, que revelan también la simpatía de la autora por su héroe. No sabemos a ciencia cierta por qué este vecino de La Fontaine Saint-Martin resolvió en 1809 contar su vida pero, al coger la pluma y rellenar con sus recuerdos unas pocas hojas en blanco de un libro de cuentas, permitió a los historiadores contemplar el universo cultural campesino de la segunda mitad del XVIII desde perspectivas nuevas, que ayudan a combatir tópicos aún muy extendidos sobre la pobreza material y cultural de la ruralía.